

José Iñigo Aguilar Medina.

Los libros de texto o la historia del gobierno contra la memoria de la nación.

En: Secuestro de la memoria. Un debate sobre los libros de texto gratuito de historia de México.

Delegación Sindical del INAH y Colegio de Antropólogos.

pp. 125-130. México 1991.

Secuestro de la memoria

Un debate sobre los libros de
texto gratuito de historia de México

*Trabajadores académicos del
Instituto Nacional de Antropología e Historia,
Delegación D-II-A-1, Sección 10, SNTF*

Colegio Mexicano de Antropólogos, A.C.

<i>Condiciones en las que se enmarca la modificación al libro de texto de historia</i>	77
Jesús Antonio Machuca Ramírez	
<i>La amnesia conveniente: los libros de historia frente a los Estados Unidos</i>	95
Gilberto López y Rivas	
<i>La ciencia histórica y los libros de texto</i>	101
Francisco Javier Guerrero	
<i>Los nexos de la historia</i>	109
René Bejarano Martínez	
<i>Los libros de texto o la historia del gobierno contra la memoria de la nación</i>	125
Iñigo Aguilar Medina	
<i>Historia y conciencia burguesa</i>	131
Miguel Medina Vega	

Los libros de texto o la historia del gobierno contra la memoria de la nación

*Maestro Iñigo Aguilar Medina
Dirección de Etnología y Antropología Social. INAH.*

LA NACIÓN ES UNA ENTIDAD constituida por un conjunto de personas que poseen en común una serie de elementos entre los cuales destacan el territorio, el pasado, la lengua, la cultura, las creencias, las costumbres, las tradiciones, etcétera, que se manifiestan plenamente cuando existe un Estado nacional, es decir, cuando dicha colectividad posee y administra en su propio beneficio el territorio en el que vive y del cual es dueña.

México es sin duda una nación que se manifiesta a través de su propio Estado nacional; sin embargo, persisten en él comunidades indígenas y otras de origen no nacional que en menor o mayor grado tienen elementos étnicos que difieren de los que porta la sociedad nacional, es decir, tienen una historia, una cultura y en ocasiones una lengua, que expresan la existencia de pueblos, e incluso en algunos casos se podría hablar de naciones, diferentes.

La nación, no obstante ser una unidad, está compuesta por individuos que tienen entre sí diversos grados de heterogeneidad; en ella se encuentran regiones, grupos étnicos, partidos políticos, creencias religiosas, lenguas y tradiciones que difieren en menor o mayor grado de la visión general que la mayoría de su población tiene del mundo y de la nación. México es por ello una nación pluriétnica y pluricultural.

El Estado, es decir, sociedad que habita un territorio común y sus bienes, para su desarrollo requiere de un sistema

de administración al que se le conoce con el nombre de gobierno. En la tradición democrática el gobierno se constituye con base en el mandato popular. Los partidos políticos surgidos de los diversos segmentos de la sociedad ofrecen a toda la nación una plataforma de gobierno, es decir, un plan de administración de los bienes del Estado-nación, y el pueblo opta por alguno de ellos a través del voto, y las propuestas del partido ganador se convierten en la manera de administrar el Estado y sus candidatos en ejecutores de dicho plan.

En México sabemos que no existe más que la forma de la democracia, no su esencia, pues no se gobierna a través de un plan previamente aprobado por el pueblo y tampoco se respeta el voto. Por lo tanto se puede afirmar que el gobierno administra a la nación sin consultar ni informar; en pocas palabras, sin ningún tipo de responsabilidad y sin importar qué quieran sus dueños, pues no son ellos los que constituyen el gobierno.

El actual partido en el mando no surge de las inquietudes de algunos miembros de la sociedad para proponer una forma de administración, sino que proviene de una decisión del grupo ganador en la contienda armada de la revolución de 1910 para perpetuarse en el poder. El partido no surge del pueblo, sino del gobierno, no busca la aprobación de la sociedad sino sólo ganar --sobre todo cuando la sociedad favorece a otro partido-- a como dé lugar las elecciones. En conclusión, contamos con un gobierno que es ajeno a la gran mayoría de personas que conforman al Estado nacional.

Un gobierno en estas condiciones necesita de mecanismos que le permitan mantenerse en el poder y en el goce de los beneficios que le proporciona el ejercicio ilegítimo de la administración de los bienes de la nación. Uno de estos mecanismos es el ideológico y dentro de ellos juega un papel muy importante la historia, pero esa historia de *h* minúscula: la historia oficial.

La principal característica de la historia oficial es que no parte de los hechos, sino que los acomoda, inventa o interpreta según sus necesidades y conveniencias. Y en México, a la manera de Stalin y del Partido Comunista, aparecen y desaparecen hechos por decreto; así, por ejemplo, en el sexenio de Echeverría se estableció, por decreto presidencial, que el

único consumidor de la Independencia de México había sido Vicente Guerrero.

El que los hechos sean reales no es una virtud del historiador, sino una necesidad, pues los hechos son la materia prima de la historia: sin hecho no puede haber historia. Los hechos son condición necesaria, pero por sí mismos no son la historia. La labor de la historia es interpretar los hechos a la luz de los problemas actuales y de las metas a futuro que toda sociedad se plantea.

Los libros de historia para la instrucción de los alumnos de primaria, cuyo análisis aquí nos ocupa, tienen una característica adicional: además de contener una historia oficial, son únicos y obligatorios. Así resulta que todos los miembros de la sociedad nacional tienen que verse, obligatoriamente, a través de la estrecha visión histórica oficial que favorece sólo los intereses de sus gobernantes, los cuales creen así asegurar su sectario proyecto de nación.

Si se observa el contenido de los textos se puede descubrir que giran en torno al análisis del desarrollo de México, pero sus diversas etapas son consideradas como parte o no de nuestro pasado según las características de su gobierno. Así, nos encontramos que la historia prehispánica sí forma parte de nuestro pasado, pero el crisol del Virreinato no, pues el gobierno era "de españoles", y de paso se aprovecha para desprestigiar uno de los símbolos más importantes de la sociedad nacional, al proporcionar sólo la versión oficial sobre la historia de la virgen de Guadalupe: no hay que olvidar que su estandarte ha estado en todas las movilizaciones populares, incluidas las de 1988. El período de la Independencia y hasta el de la Constitución de 1857, presenta una visión más científica y plural de lo que fueron nuestros gobiernos, pero a partir de la Constitución de 1857 se vuelve a la historia oficial en blanco y negro y se santifica a todos los que actualmente considera como sus únicos predecesores.

Sin necesidad de entrar en mayores detalles sobre el contenido de los textos, no cabe duda que son un instrumento de sujeción ideológica y de desintegración cultural, que se impone a las diferentes comunidades que integran la sociedad nacional, se les arrebató el derecho a establecer el tipo de valores, ideas y conocimientos históricos que las

generaciones adultas desean transmitir a las de renuevo; rompe con el proceso de endoculturación, pues sobre la base de la historia aprendida y vivida en la comunidad, se injerta la escuela de lo gubernamental. Las diferentes comunidades, incluida la científica, gracias a la democracia simulada y el texto único, van perdiendo frente al gobierno su memoria histórica y su poder de autogestión y así también van perdiendo la posibilidad de obrar y de proyectar su futuro de manera múltiple, dispar, propia y diferente.

Carr nos dice que

El proceso recíproco de interacción entre el historiador y sus hechos, lo que he llamado el diálogo entre el pasado y el presente, no es diálogo entre individuos abstractos y aislados, sino entre la sociedad de hoy y la sociedad de ayer.¹

Para hacer historia se requiere de sociedades, no de gobiernos. La verdadera historia de México sólo puede surgir del diálogo entre el pueblo de hoy y el de ayer. La concepción de que es el gobierno el que debe señalarnos cuál es la historia de México está reflejando su concepción de cuál debe ser nuestra sociedad, cuál su proyecto: una sociedad no participativa, no gestonaria, no indagadora, sólo atenta a las directrices, a las verdades, a las bondades, a la seudodemocratización del gobierno.

Por lo tanto, la instauración de una historia científica del país debe pasar necesariamente por la democratización de los contenidos que se imparten en la escuela, y por la abolición de toda historia oficial y de cualquier texto único, pues es la sociedad la que ha creado al Estado mexicano, es la sociedad la que debe nombrar a su gobierno, es la sociedad la que debe crear sus metas y la manera de contar su historia a sus generaciones de renuevo, y en una sociedad plural sólo puede concebirse una historia científica y plural. Sin el conocimiento real del pasado no puede existir proyecto para el futuro, una nación con historia oficial es una nación destinada a caminar sin memoria, sin metas y por lo tanto sin rumbo.

No se trata de ver sólo los contenidos del texto de historia, sino también su continente, y éste es de uniformidad

y de manipulación, inaceptables porque atentan contra la ciencia y contra la memoria de la nación pluriétnica y pluricultural que es México.

NOTAS

1. Carr, H.H. *¿Qué es la historia?* Ed. Seix Barral. Barcelona, España. 1978. P.73

Esta obra consta de 1,000 ejemplares
y se terminó de imprimir
el mes de mayo de 1993,
en los talleres de
Lithoimpresora Portales, S.A. de C.V.
Tels: 539-02-84 672-85-40
Impreso en México
Printed in Mexico